

Daniel Migone

Será la próxima vez
c u e n t o s d e a m o r l o c o

Buenos Aires - 2001

Editado para Internet por:
Repunte Ediciones
Juan M. Gutierrez 2650 - Buenos Aires
TE: 4803-6028

Hecho el deposito que marca la ley 11723
Reg. de la Prop Intelectual 26673 - nov 2001
Todos los derechos reservados - Prohibida la reproducción
total o parcial de cualesquiera de las partes de esta
publicación sin la autorización de los editores.

Ilustración de tapa:
Amor Loco - oleo 120x120 - fragmento
Melora Demare 1987

Prólogo

A veces el amor pasa lejos, inalcanzable, oculto en medio de las brumas de la indiferencia.

Otras veces está allí, al alcance de la mano, y los ojos húmedos de otros pensamientos, no nos dejan verlo.

Cuando al fin; confundidos en los miedos, la incertidumbre y los juegos del destino; logramos atraparlo, lo vemos de una forma diferente a la soñada.

A veces arbitrario, a veces reticente.

Entonces lo negamos.

Y nos quedamos solos, añorando lo no vivido; esperando que el milagro de encontrarse se produzca una vez más.

D.M.

El fantasma de Majadahonda

- Bonita Historia. Es realmente romántica. A mí nunca me pasaría una cosa así; y si se diera, seguro que se trataría de una broma, de un atraco, o de algo peor.

- No, no lo tomes a la risa. Mira que es serio. Esto le pasó a Ramiro; ya sabes, el que vive en Torrelodones; y él mismo me lo ha contado.

- José, amigo mío, te repito; la historieta esa es muy buena, pero yo no me la creo. Por más noche de niebla que sea, que una persona desaparezca de un coche en marcha; no me cabe en la cabeza.

- Igual. Si te lo encuentras; al fantasma ese, dígo; dale saludos de Ramiro. Ja! Ja!

Carlos puso el coche en marcha, al tiempo que Pepe cerraba la portezuela y se despedía.

- Hasta el lunes, Carlos.

- Chau. Con este tiempo se me jodió la

ida a la Sierra; así que en una de esas te veo el domingo.

Arrancó despacio, siguiendo la calle de la colina. Desde lo alto observó una tenue capa de niebla que se desplegaba desde Majadahonda hasta el bajo que ocupa el barrio de La Florida; más allá, a unos 10 Km, se adivinaban las luces de Madrid. Un Madrid ventoso y muy frío en esos primeros días de invierno. Recorrió lentamente el primer kilómetro cuesta abajo, pero siendo que la niebla no era muy espesa, se animó a acelerar un poco más.

Tenía que hacer unos 4 Km por la ruta comarcal antes de empalmar con la segura y bien iluminada Carretera de La Coruña. Todo el trayecto cuesta abajo por un camino angosto y muy oscuro, que termina en una pronunciada curva a la izquierda, más o menos 800 metros antes del empalme.

En medio de la cuesta, en un sitio despoblado y algo más limpio de bruma, creyó ver una persona parada al borde del pavimento.

Al principio no distinguió bien, pero al acercarse un poco más, notó la lánguida figura de rubia cabellera que agitaba una mano, llamándole.

La velocidad y la pendiente, le hicieron frenar unos 20 metros más allá. Quitó el cambio, frenó, e inclinándose, bajó el vidrio de la derecha.

El bellissimo rostro apareció en la ventana lloroso y cansado, suplicando.

- Por favor ...

- Suba. Suba, mujer - Dijo Carlos, abriendo la portezuela - A dónde vá ?

- A Madrid ... Por favor ... - Suplicó nuevamente, con voz muy queda.

Arrancó enseguida, incómodo por el miedo y sufrimiento, que transmitía ese rostro que sin duda merecía estar sereno, descansado.

- Cállese - Dijo - La llevaré donde diga. Quiere fumar ? - y pensó: - Que bella es!

Ella no respondió. Muy quieta en su asiento, fija la mirada en el camino, respirando entrecortadamente, como sollozando.

Carlos sacó un cigarrillo, lo llevó a la boca, y mientras bolsiqueaba buscando el encendedor, el coche se acercó al fondo de la hondonada; donde aparece la violenta curva a la izquierda.

- Por favor, cuidado, esta curva es muy peligrosa - oyó que decía con voz temblorosa.

Se quitó el pitillo de la boca y aferró el volante con ambas manos, conduciendo suavemente alrededor de la curva.

- No vamos tan rápido. Además se vé muy bien. A pesar de la nebli... Coño! El corazón le dió un brinco y casi perdió la respiración. Había girado la cabeza hacia ella mientras hablaba, pero ... Ya no estaba allí... Había desaparecido... Se había esfumado.

- Pero ... Dios mío ... Dios mío ... No puede ser ... No ...

Frenó violentamente, echando el auto a la banquina.

- El fantasma ... Era el fantasma ...

Se sentía agitado, traspirado, tembloroso. El cuento de Pepe de unos momentos atrás... Era verdad.

La mujer muerta en esa curva... una noche igual a esa ... No es posible... Pero si ... Es cierto... Cristo...

Repetía "Dios mío, Dios mío" , en medio de un tremendo escalofrío, sin animarse a seguir y temeroso de permanecer allí. La niebla se levantó un poco, y pudo distinguir algunas luces en los alrededores. Esto lo tranquilizó lo suficiente como para arrancar nuevamente, con una determinación que se hacía cada vez más fuerte.

Giró y retomó la ruta, desandando todo el trayecto.

Recorrió el camino cinco, seis veces; yendo y viniendo lentamente desde lo alto de la colina frente a lo de Pepe, hasta más allá de la curva.

No se animó a llamar a la puerta de su amigo, ni tampoco a dejar de pensar que debía hacerlo.

A veces se exaltaba y confiaba en volver a encontrarla. Otras veces, temeroso, pero incapaz de continuar hasta su casa, volvía a girar para dar otra vuelta. Y todo el tiempo intentando mantener la calma, sin poder borrar de su mente el rostro triste y la expresión cansada de la hermosa mujer.

La tensión y el ansia, terminaron abatiéndolo e inundándole de un pesado sueño que no podía dominar.

Ya era de día cuando despertó, aferrado al volante y muy dolorido por la incómoda posición en la que había pasado la noche.

Estaba parado casi en el mismo lugar en el que, horas atrás, ella había desaparecido.

Confuso, entumecido, y con un terrible dolor de cabeza, puso el coche en marcha y arrancó lentamente.

Llegar hasta su casa fué un esfuerzo sobrehumano. Las calles se le hacían más retorcidas que nunca, el tráfico de la mañana, más endemoniado, las veredas más sucias, la escalera más larga. El viejo piso de Fuencarral le pareció más oscuro y desprolijo que nunca.

Estaba cansado, aturdido, a la vez que ansioso y exitado. Quiso dormir, pero no pudo.

No paraba de pensar en lo ocurrido la noche anterior. Hasta las pocas palabras que le había oído pronunciar, se convertían en ecos profundos dentro de la atormentada cabeza, aumentando su jaqueca y acelerando su estado de ánimo.

El cuento de Pepe... La mujer... El rostro bañado en lágrimas... Si la viese otra vez... Pobre alma... Qué horror !... Morir... y no poder morir...

Sintió el cuerpo húmedo de transpiración y un fuerte dolor en la boca del estómago. Decidió bañarse y comer algo.

Acodado en la mesa, frente a un plato de guiso frío e intacto, trató de poner en orden los pensamientos, esforzándose por armar detalladamente la escena del camino.

- Las doce menos cuarto, más o menos... No, eran las doce pasadas cuando salí de lo de Pepe... Si... Serían doce y diez... Iría a 90, más o menos, quizás... entre 70 u 80. No iba rápido.

Pensó en la policía, en su casa, en llamar a algún amigo... Comentar con alguien... José... Pepe... Eso es.

Iría a ver a Pepe. Esa tarde, antes que anochezca...

Y se quedó dormido.

Dió un largo rodeo, para no pasar por el mismo lugar de la víspera y llegó a lo de Pepe cuando ya era noche cerrada.

Algo más calmado por la presencia de su amigo y por el whisky que bebió de un trago, comenzó a contar su historia.

- No pretenderás que te crea - Dijo el otro, sonriendo.

- No lo creas si no quieres, pero es cierto. Fué igual a lo que contaste de tu amigo Ramiro.

- Oye. Ramiro es famoso por lo mentiroso, y alcoholico además. Tu no tomas más que un vaso... o dos ... y, aunque te conté esa historia como cierta, son cosas de esas que se cuentan, pero que nadie cree en realidad.

- Si, si, bueno. Pero a mi me pasó. Te juro, por la memoria de mi madre, que lo que te he contado es cierto.

- Vamos, hombre. A otro con eso. Tu estás pasando por hacerme entrar en alguna joda, de la que no pienso participar.

- No. No es ninguna joda. Lo juro ... Mira, voy a volver. Fantasma o no, esa cara no era de otra cosa más que de sufrimiento y dolor.

- Venga ya ! Que te vas a meter en un lío. Deja eso.

- Es como yo te lo digo. Me voy, ya es la hora.

- Tu estás loco.

- Mañana te cuento. Adiós.

Trató de repetir exactamente todos los movimientos que había hecho la noche

pasada.

Subió despacio al coche. Esperó, como actuando la despedida con Pepe. Encendió el motor y arrancó despacio. Como en la noche anterior.

- Cuando la vea, le diré que quiero ayudarla. Que juntos buscaremos la forma - Pensaba, mientras conducía los primeros metros colina abajo.

La primera recorrida fué infructuosa, pero no se desanimó.

- Tal vez fué algo más tarde. Debió de ser a las doce y veinte - Calculó.

Volvió a subir la cuesta hasta la casa del amigo, repitiendo desde allí, toda la maniobra. Abajo, una neblina más espesa y gris que la anterior, iba cubriendo el camino.

Fué exactamente en el mismo lugar; sólo que esta vez casi la toca, pues apareció súbitamente entre las volutas de la densa niebla.

Llevaba el mismo abrigo azul e hizo el mismo gesto con la mano.

Carlos paró inmediatamente y se apresuró a abrir la portezuela.

El corazón le saltaba de excitación, la garganta le quemaba y tuvo la sensación de haber perdido el habla.

- Por favor... - Dijo ella, asomandose por la ventanilla derecha.

- Si... si... - balbuceó él. - Ayer... Ayer... Era yo... Quiero ayudarla... -

- Lléveme, lléveme - sollozó ella.

- Ya sé quién es usted... Ayer subió a mi

auto... Quiero ayudarla... - Se animó a decir

- No. No es posible. Arranque, por favor.

En la cara transfigurada en una expresión de súplica, brillaba por las espesas lágrimas que brotaban de sus ojos.

Carlos transpiraba y las manos le temblaban, pero aún así, arrancó.

- No tomaré la curva. Pasaremos por el campo. Tenemos que salir de aquí... hablar.

- No... No... Apúrese. Es muy peligroso... No puedo...

- Sí puede. Ya verá.

Se había envalentonado un poco ante la seguridad en el éxito de su plan. Aceleró violentamente, dirigiéndose directo a la traicionera curva.

- Aquí ! - Gritó, acelerando más, y torciendo violentamente el volante en el sentido contrario.

- Nooooo ! -

El coche dió un tumbo a la derecha, luego otro a la izquierda, después giró sobre la trompa saltando de frente la barda del camino.

Carlos sintió que el volante se le esca-

paba de las manos, y que algoblando y pesado le golpeaba en el costado. Se aferró a ello con desesperación.

El auto descontrolado, giró sobre el techo dando un par de vueltas sobre el costado, perdió las lunetas, una puerta y la tapa del baúl, deteniéndose finalmente con el techo y la trompa totalmente destrozados.

El agente de la Guardia Civil iluminaba con su linterna el interior de los despojos mientras su compañero se acercaba caminando.

- Parece reciente... Hay heridos ?

- Aquí hay sólo uno. Y está bién muerto.

- Voy a llamar al comando. Ya es el segundo en diez días, y en este mismo lugar. Por qué no se andarán con un poco más de cuidado, digo yo...

Caminó hasta la moto estacionada al borde del camino, y comenzó a llamar por la radio.

La neblina se había despejado totalmente, y el cielo aparecía diáfano y cubierto de estrellas. A lo lejos, se recortaba la silueta titilante del Madrid de siempre.



Victoria y la casa

Que cómo la conocí?... Fué aquí mismo, en la casa. Hacía escasamente una semana que la había comprado y pensé en hacerle unas reformas. Poca cosa. Pero no sabía cómo empezar. Entonces, se me ocurrió preguntarle al apoderado del dueño anterior, si conocía a un buen arquitecto. Me dijo que sí, que justamente me podía recomendar a la persona que había hecho toda la obra de modernización actual. Era Victoria, es claro... la llamé... y vino... Así la conocí.

- Y por lo que veo, están muy bien.

- Sí. Estamos bien.

Esta última frase la dijo sin mucho convencimiento, mirando el piso; buscando dónde asirse para cambiar el tema.

No lo dejé.

- Es una buena chica, mona, simpática. Y además hace mucho por vos. Te saca de encima todos los problemas de la casa, las reformas, los gremios...

- Sí, eso sí ...

- Pienso que te quiere ... Además parece muy buen arquitecto ...

- Supongo ...

- Supongo, qué?. Que te quiere, o que es buen arquitecto?

- Las dos cosas... No... Sí... Quizás... Casi me enojé con mi amigo. Siempre tenía peros y reparos con cuanto mujer conocía; pero cuando estaba solo, sufría y soñaba con tener a alguien con quién compartir las horas vacías de su estar holgado.

- Vos siempre el mismo. Dejate de joder. Creo que Victoria es una buena mina para vos.

Recalqué fuerte el Para vos, queriendo decir que no muchas mujeres estarían dispuestas a bancar las extravagancias de mi querido y maduro amigo.

- Uf! - Dijo, dando por entendido el mensaje - Cambiemos de tema, querés ?

- Bueno - Contesé socarronamente.

Hablamos de varias cosas intrascenden-

tes; pero finalmente no pudo resistir el volver al tema de la casa, la remodelación, y las últimas decisiones al respecto.

- Entonces, cortando en ochava el ángulo ese que hace el living, y colocando un vidrio fijo, se amplía la visual de tal manera que se ilumina todo de una forma maravillosa. Hasta podés ver el jardín y la pileta, sentado en el sillón frente a la estufa.

- Bárbaro. Todo idea de ella, supongo.

- Sí ... Claro ... - Confesó turbado.

- Estás perdido, macho. Te cazaron. Ja! Ja! Ja!

- Evidentemente, no se puede hablar en serio con vos. Me parece que lo dejamos aquí. Me voy ...

- No te enojés. En realidad me pone muy contento que tengas una pollita... y en casa...

Se fué nomás. Quizás enojado. Ya se le pasará.

Yo estaba muy contento, por él, por supuesto. Cómo no estarlo, si como dije, era un tipo difícil. El haber encontrado a Victoria le había cambiado la vida. Había tornado su proverbial tendencia a jugar de ermitaño en un devenir más social, más abierto, con nuevos horizontes. Eso sí, básicamente centrado en la casona de Caballito.

Algunos meses después de la charla, de-

bido a circunstancias no muy afortunadas de mi vida, tuve que aceptar ir a vivir con Luis por un tiempo.

En realidad fué muy grato.

La casa era más que magnífica. Amplia, cómoda, muy fresca y luminosa. Con muchos detalles de una arquitectura a la vez extraña e interesante. Tenía pisos de cerámica gris, combinados con machimbre de madera oscura. Paredes y zócalos muy blancos, con zonas en las que los ángulos eran ligeramente redondeados o muy abruptos. Los techos, muy altos, se adornaban con yesería floreada y diseños art-nuveau. Las dos escaleras que llevaban al piso superior, eran de roble del mejor; pulidas rústicamente y enceradas levemente, para permitir el paso del perfume penetrante y agradable de la madera antigua. Los cuartos eran amplios, cómodos, y llenos de placards. El living,, muy confortable, se adornaba con una gran estufa a leña que invitaba a la tertulia y al descanso. Todo denotaba que se habían aprovechado eficazmente muchos y diversos materiales de distintas procedencias. Las puertas de los dormitorios, por ejemplo, eran de doble hoja y con aldaba; delatando un origen decimonónico que contrastaba armoniosamente con una arquitectura general al estilo de los años treinta. La luz se colaba por todas partes, iluminando los rincones más recónditos y brindando una agradable sensación

de seguridad, poco común en casas tan grandes y antiguas.

Despertar en las mañanas con el canto de los pájaros que anidaban en el pino del jardín. Desayunar en la enorme cocina, cuya ventana daba a un patio muy amplio y luminoso, en el que se apilaban los rollizos de quebracho para las estufas. Sentir el crujido de la escalera principal, cuando mi amigo regresaba tarde en las noches.

Todo era placentero. Hogareño. Cálido.

Victoria no vivía allí, pero iba casi todos los días, y muchas noches ...

Pasaba largos ratos en la casa, ora para estar con su amado, ora controlando las obras de reforma - que se extendían y ampliaban cada vez más, en pasos que evidentemente seguían un plan no explicado pero a todas luces, minucioso y bien pensado.

Ella influía en Luis con suavidad y eficiencia admirables. Sabía lo que deseaba, y lo planteaba con precisión y entusiasmo. Prácticamente, no había ninguna sugerencia suya que no fuese aceptada íntegramente. Cuando quedaba alguna duda, o cuando la idea concluía en un: - No sé... Dejame pensarlo un poco... - La noche se encargaba de poner el marco adecuado a la inminente decisión.

En esos casos, y a través de la doble

puerta del dormitorio principal, se escuchaban, sin rubores, los suspiros y quejidos que presagiaban un:

- Si, querida... - Definitivo.

Un sábado por la mañana, después del desayuno, mientras yo lavaba los platos y Luis atendía la paga de los obreros; Victoria me contó todo el amor que sentía por la casa. Habló de cómo era originalmente, de lo que el tiempo había deteriorado y de lo que, por suerte, se había salvado, del trabajo que le había llevado encontrar los materiales, de los inconvenientes que había vivido - profesionalmente - desde que entró en ella por primera vez.

Habló entusiasmada de sus proyectos, de sus ilusiones, de las ideas que había concretado y de las que no habían podido ser. De cómo descubrió, casi entre escombros, esa forma, o aquel ángulo. Habló de lo que faltaba por hacer, de lo que sería ese ambiente si se lo modificase así o así.

Se dejó llevar por los propios sueños, y se emocionó realmente al decir que, de todos los propietarios anteriores, mi amigo era el más dúctil y el más consustanciado con las posibilidades del caserón.

Tarde esa noche, frente a la cálida luz del hogar encendido, comenté con Luis las confesiones de la mañana.

- Hoy, esta mañana, Victoria me contó

un poco sobre la historia de la casa - Comencé

- Ah si ... ?

- Si. Se le llenaban los ojos de lágrimas cuando hablaba de lo mucho que te preocupás por ella ... por la casa, digo.

- Si. Supongo - Había un cierto dejo de amargura en su voz

- Que pasa ? - Indagué - Metí la pata ?

- No... Para nada... A lo mejor te contó su historia con el dueño anterior...

- El dueño anterior ?

- Si. El dueño anterior... Era un hombre joven, que compró la casa a medio refaccionar a otro que, a su vez, la adquirió del primer marido de Victoria, quién la había heredado de su padre

- Caramba... Entonces...

- Si. Ella fué su dueña alguna vez.

- Pero... A qué te referís con historia con el dueño anterior

- Mirá, quizás sea por eso que mi relación con Victoria resulta algo extraña y no me convence del todo... Este living ha sido testigo, sin dudas, de más de uno de sus romances anteriores... Diga- mos, mejor, de su eterno romance con estas cuatro paredes... Su matrimonio, el divorcio posterior, la separación de bienes, la venta de la casa... la aleja- ron de su verdadero amor... Entonces, tal vez, haya buscado enganchar con el siguiente... No sé, quizás a través del contrato para la refacción...

- Es fantástico.

- Qué es lo fantástico?

- Que está tan enamorada de estos la- drillos. Que haya puesto tanto empeño en conservar su casa. Eso.

- No veo dónde está lo fantástico ... No es su casa.

- Sí lo es. Y ejerce su propiedad como puede.

- No, no es así. Está loca.

- No lo creo. Sólo sabe lo que quiere, y lucha por ello.

La conversación terminó allí. Y la rela- ción unas pocas semanas después.

Yo me fuí a comienzos de la primavera, pues hube de viajar al extranjero, y du- rante varios meses no supe nada de mi amigo ni de su casa

Regresé comenzando el otoño siguien- te, para enterarme que Luis había vendi- do la casa y vivía en un espléndido de- partamento céntrico con vista al río, en compañía de una interesante escritora.

No es muy común que me aventure por el barrio en donde aún existe la casona, pero casualmente días atrás, pasé por la cua- dra y no pude reprimir el detenerme a es- piar.

Había movimiento en el porche y el portal de rejas, entreabierto, dejaba ver el interior.

Unos obreros retocaban la pintura de las ventanas ante la atenta mirada de Victoria. De pronto, se abrió la puerta-ventana del living, y apareció un hombre; elegante, bién plantado en sus cuarenti- tan- tos; que se acercó sonriente al grupo. Habló con Victoria unos momentos y, abrazándola, la besó; volviendo a entrar por donde había salido, seguido por los lánguidos ojos de la feliz mujer.



Eleonora

Cuando Enrique me dijo que lo de Eleonora era terminal, me enojé con él. Estábamos en la cocina, preparando el té, mientras las mujeres charlaban en el living. Se me acercó sigilosamente y me largó la noticia con un voz seca y doctoral. Nunca le tuve demasiada confianza como médico, básicamente porque es un hipocondríaco y yo, desconfío de los hipocondríacos, máxime si son médicos.

- Calláte - Le dije, furioso. - De dónde sacaste eso?

Me explicó que los análisis y la últimas radiografías determinaban, sin lugar a dudas, la presencia de una metástasis ósea, de un C.A. de pulmón y no dejaban lugar a ninguna posibilidad de recuperación.

- C.A.? - dije - Y qué carajo es el C.A.? - agregué de bastante mal modo.

Cáncer - Dijo, muy despacio, poniendo-

se colorado de incomodidad.

Salí furioso, con la bandeja en la mano, tratando de no demostrar ningún sentimiento, pero mascullando la maldita confesión de mi amigo.

Las mujeres charlaban con el típico estilo de siempre. Hablando las dos al mismo tiempo y de temas fundamentalmente distintos. El de una era su próxima exposición y el de la otra los inconvenientes de la familia y los nietos. Estaban contentas. Solo se podía detectar el drama por el suave tono grisáceo de la piel de Eleonora. Pero sonreía y ametrallaba proyectos al ritmo de su imaginación y a la velocidad que le permitía su dificultad para respirar.

Cuando se fueron, Enrique se volvió a acercar en un aparte y, muy serio me dijo que mañana, a las ocho, sin falta, tenía una entrevista con uno de los oncólogos más capos del hospital.

- "No dejes de ir", ordenó.

Fuí. No había nada que hacer. Solo evitar que sufriera demasiado, paliar el seguro e infame dolor de la mejor manera posible. Y esperar.

Fueron días de honda emoción. Noches en vela, charlando y lidiando con dolores insufribles y angustias insostenibles. El amor se nos escapaba hora a hora y, juntos, tratábamos de retenerlo en medio de los terribles trances de la puta enfermedad.

Finalmente, un domingo, exactamente el día de nuestro aniversario, Eleonora murió.

Siguieron horas del más profundo desencanto que haya sentido en mi vida.

Por meses y meses, la desazón sin sentido y la depresión fueron mi estado de ánimo permanente. No vivía, no trabajaba, no lloraba. No tenía, siquiera, el consuelo de verla en sueños. No dormía.

Es decir, dormía, pero no soñaba. No soñaba con ella.

Enrique miraba transitar mi desesperación con el ánimo del amigo que no sabe qué hacer ni qué decir.

- Vos sos médico, carajo. Tenés que decirme algo. Recomendarme algo ... - Le

suplicaba.

- No sé ... - decía - Tratá de descansar, tratá de dormir, de pensar en algo que te haga bien ... Dejá correr el tiempo. - e intentaba cambiarme el tema.

Chanta. Sos un chanta, pensaba. Qué tiempo ni tiempo! Ahora es cuando yo más necesito de ella. Era la única persona en el mundo que podría haber entendido lo que me estaba pasando.

Ah!... Si pudiera hablar con ella de esto!!... Cómo necesito encontrarte... Mirá lo que me ha pasado... Te perdí... Carajo!!... Escucháme!!.

No fué sino hasta mediados de noviembre, hace apenas unos días; que tuve que ir a la farmacia por un resfrío nasal y muy molesto, en busca de algo que me quitara la congestión.

- Señor!! - La farmacéutica se alegró de verme - Tanto tiempo!! ... Cómo está? - Y me tendió la mano.

- Bien- Le dije, secamente y al minuto, entendiendo que realmente se condolía por mi, agregué - Mucho mejor... Ya pasaron unos meses y, salvo el sueño... y este maldito resfrío, estoy bien.

- Cuídese ... Qué? ... No duerme?

- No, me cuesta bastante

- Por qué no se toma alguna pastillita... Le va a hacer bien descansar...

Dudé, pero finalmente me dejé conven-

cer, y la amable gorda me vendió un frasco de pastillas azules de un sedante o no sé qué.

- Media antes de dormir. Aquí tiene para todo el año. Cuídese.

Me fui bastante mejor del resfrío, y algo emocionado por el afecto que mostró la farmacéutica.

Decidí probar esa misma noche.

Tragué la media pastilla en el baño, después de cenar, y me metí en la cama. Había tomado la costumbre de encender el televisor y ver pavadas hasta altas horas de la madrugada. Cumplí con el ritual, pero a los veinte minutos los ojos me pesaban como si fuesen masas de hierro. Alcancé a apagar el aparato y la luz, y me dormí.

Eleonora estaba sentada en la mesita de un bar. Había otras personas, pero la luz caía sobre ella bañándola con un reflejo dorado y brillante.

Yo entraba al bar y al mismo tiempo, ella volvía la vista hacia mí, sonriente.

Sentí que el alma se me inundaba de gozo. Una sensación de paz y de alegría llenaba cada pedacito de mi cuerpo. Sentía cosquillas detrás de los muslos y una placentera opresión en la parte baja del abdomen. Me acercaba len-

tamente. Ella extendió una mano invitándome a ocupar la silla vacía, siempre sonriendo.

El teléfono chirrió en mis oídos, y salté en la cama transpirado. Enrique, el benemérito Enrique, invitándome a tomar el desayuno con él.

No le conté nada, pero por mi actitud se animó a decir que me notaba bastante mejor. Cierto, pensé, estoy de mejor humor. Casi podría decir que estaba de muy buen humor. Feliz. Estaba feliz.

No podía esperar la noche. El día se me hizo largo y tedioso. Planeaba, a cada momento, cómo iba a ser el próximo sueño. Tomaría más temprano la pastilla, para no tener que hacer coincidir el sueño con la madrugada. Esta vez una entera, no media, para prolongar un poco más el efecto. Cortaría el teléfono. Eso, le apago la campanilla, así no jode nadie.

Me bañé, me puse pijamas limpios y tomé la pastilla. Encendí el televisor y esperé la llegada del agradable sopor.

Estábamos sentados a la misma mesa del mismo bar. Eleonora tenía una de mis manos entre las suyas y me miraba con ternura infinita y una sinceridad de la que yo jamás hubiese dudado. Acari-

ciaba mis dedos suavemente y se notaba que estaba buscando las palabras para decir algo muy importante. Yo esperaba extasiado. Sentía que teníamos todo el tiempo del mundo y estaba completamente feliz. Oír su voz era inminente.

Me despertó el inconfundible sonido de golpes en la puerta metálica del departamento. Tuve poca noción de lo que pasaba hasta que se hicieron más fuertes y rítmicos. Aturdido, me levanté y fui hasta la puerta.

- Quién es? ... Qué pasa? ...- Grité.
- El portero, señor. Hay un problema con la bomba de agua y estoy pidiendo que junten agua para mañana.
- Y a esta hora?
- Son las ocho y media, señor, y como no contestaba al teléfono interno, pensé que le pasaba algo... Disculpe...
- No... Está bien, Miguel... - Me disculpé - Es que estaba durmiendo ... Gracias... - Y regresé a la cama corriendo. El sueño no regresó.

El día fue de angustia y de pesar. Pensaba todo el tiempo. Cómo hacer para evitar las interrupciones? Cómo hacer para prolongar el efecto y, finalmente, oír la adorada voz?

Un hotel. Eso es. Un hotel ... Pero No. Allí no va a estar ella. Ella está aquí, en esta casa. Ya sé: Cierro todo y tomo la

pastilla a las tres de la mañana. A esa hora no hay casi nadie despierto.

No me preocupé por llegar temprano. Más bien hice todo lo posible por cansarme, llegar molido e ir directamente a la cama. Preparé el ritual, tomé las pastillas (Ahora fueron dos) y me acosté.

Levantó la vista y posó sus ojos negros y brillantes en los míos .

- Te quiero - me dijo lentamente y con voz firme.

Un escalofrío recorrió toda mi espalda.

- Yo también... - Balbuceé

- Has sido muy bueno conmigo - Agregó y apretó más fuerte mi mano.

Me incliné para besarle la mejilla y en ese instante, un fuerte estruendo me trajo otra vez a la realidad.

El día se colaba por entre las rendijas de la persiana y en el patio de abajo se oía claramente el trajinar de la sirvienta lavando el piso.

- No haga tanto ruido, María - Gritó la dueña de casa, casi abajo de mi cabeza. - Son las siete y puede haber gente durmiendo. Que pasó con ese balde?

- Sí señora... Perd+on, señora - se disculpó la otra, un poco más lejos.

La puta que las parió a las viejas conchetas del cuarto piso. No se dan

cuenta que el hueco de aire y luz es una caja de resonancia?

- A ver si se dejan de gritar!!! - Vociferé yo sin pudor .- Y dejen ya de hacer ruido, que aquí hay gente que duerme. Carajo!!!

Pero ya todo estaba arruinado.

Tengo que esperar hasta la próxima noche. Tengo que cerrar la ventana, también. Que me importa sofocarme! Que me importa de nada!

Por eso, estoy ahora aquí, con todo el frasco de pastillas y un gran vaso con agua. Todas, tomaré todas, en el momento en que ponga punto final a este cuento.

Entonces, besaré su mejilla. Sentiré el adorable aroma de su piel, le diré que la amo profundamente y la invitaré a pasear por la plaza, frente al bar, pisando las hojas doradas del otoño y charlando, discutiendo, los dos juntos, de la mano, gozando el uno del otro... Para siempre.



La Fianza

Qué culpa tuve si me enamoré así, perdidamente... No hice absolutamente nada para alentar esa pasión ciega, insensata, vulgar. No pensé...

El juzgado era oscuro y húmedo como todos los juzgados. Las paredes y los muebles despedían el olor rancio de los libros y expedientes llenos de hongos y pulgas de papel.

Cuando ella entraba en las mañanas, el aroma de su costosísimo perfume desplazaba por un rato el fétido vaho de la justicia estancada. Después, hacia el mediodía, ella misma se sentía impregnada y debía ir al baño a ponerse más perfume y lavarse las manos.

- Está libre - dijo, iluminada apenas por la luz de la lámpara que rebotaba en su dorada cabellera multiplicando los tenues rayos en un aurea caprichosa que

enmarcaba sus estupendos 56 años.

- Gracias, Usía - dijo él, mirando al piso

- No sé cómo agradecerle...

- Se hizo justicia.

- Pero... Usted pagó mi fianza... No sé cuando voy a poder...

- No va a poder. Lo sé. Déjelo así.

- Yo... Yo quisiera devolvérselo... de alguna forma...

- Está bien - cortó ella secamente - Si se le ocurre alguna manera, llámeme.

Se levantó del imponente sillón de cuero extendiendo una mano larga, fina y llena de anillos. Le clavó los fríos ojos azules indicando que la entrevista había terminado.

El, tocó tímidamente la punta de los flacos dedos y giró buscando la puerta del despacho.

- Mi teléfono - Le oyó decir a sus espaldas, en un tono levemente más alto que el usual.

Se volvió y temeroso, agarró la tarjeta que le ofrecía sin mirarlo. Salió.

Al principio disfrutó alegremente de su libertad. Comió, bebió, trabajó y paseó con su novia. Pero al poco tiempo, una creciente inquietud se hizo presente, preocupándolo, angustiándolo. Debía encontrar la forma de devolver a la jueza la fianza invertida en él. Cancelar la deuda. Cerrar el tema para siempre.

No veía como. A tres pesos la hora como supervisor de un supermercado, tendría que trabajar dos vidas enteras y no comer nunca para acercarse mínimamente a la cifra. Robar otra vez?... Ni pensarlo. Pedir prestado?... Y a quién?

Pensó y pensó buscando alternativas que le ayudaran a calmar su ansiedad, hasta que un día, varias semanas después... la encontró.

- Hola, doctora? - preguntó tímidamente
- Soy el... Ah! me reconoció!... Yo?... Yo bien... Usted?... Esteee... Mire, la llamo porque quería decirle que... que quiero verla... Pensé en algo... Sobre la fianza... Se acuerda?... Sí ... Sí... El viernes?... Está bien... el viernes... Sí, sí la tengo... en la tarjeta... Gracias ... - y colgó.

La sirvienta lo miró con cierto asco y le indicó con un gesto que esperara en el living.

- Tome asiento - dijo, y desapareció.

Una fuerte emoción lo embargó cuando la vió aparecer.

Vestía un pareo floreado, largo hasta los tobillos y anudado detrás del cuello, dejando ver los hombros perfectos, redondos que sostenían la lacia cascada de su rubia cabellera. El perfume era incitante, penetrante, diferente al de todos los días pero igual de caro.

- Usted dirá - dijo sin saludar, sentándose en uno de los sofá blancos, gemelos, y mirándolo fijo.

Se quedó parado en medio del living, nervioso, con muchas ganas de escharse atrás. Pero arrancó.

- Doctora... Usted... esa deuda que yo tengo con usted... me tortura... Quiero decir... Me gustaría pagársela... y pensé que...

- No titubee - ordenó.

- No... es que tengo miedo de que se enoje...

- Que se enoje.

- Yo?... No.

- No. Se dice "que se enoje" no "de que se enoje"

- Ah!... si... que se enoje... Usted...

- No me voy a enojar.

- Bueno... se me ocurrió ... No lo vaya a tomar a mal...

- Dígalo, no tema.
- Esteee... En la alcaldía de Tribunales, se comenta que usted... Que usted viaja mucho...
-Ah... Sí?
- Si... Que vá al caribe... a Méjico... a otros lados...
- Si. Viajo mucho.
- Bueno. Dicen que en esos viajes... Usted vá y paga mucho dinero para estar con... hombres... hombres morochos... negros... - Y se le hizo un nudo en la garganta provocándole un gracioso aflautamiento en la voz cuando agregó:
- ... como yo...
Ella lo miró seria, recorriéndolo de arriba abajo y haciendo caso omiso de su turbación. Clavándole los ojos en el rostro le dijo:
- Entiendo - Y haciendo un corto silencio, agregó:
- Desvístase.
- Qué?
- Que se desvista.
Asustado, comenzó a quitarse al camisa, descubriendo un torso de ébano, nerviudo y bién formado a pesar de sus largos cuarenta y pico.
- Todo - ordenó ella sin inmutarse.
Se quitó los pantalones y el slip y sintió que a cara le ardía de vergüenza.
- Acérquese.
Se acercó y ella, de un tirón, abrió el pareo descubriendo su sexo rubio, frondoso.

- Béseme - dijo, pasándose los dedos por el níveo pubis.
Obedeció, sintiendo cómo los largos brazos de ella lo alcanzaban y acariciaban con singular habilidad.
Llegaron juntos al orgasmo, las piernas enredadas y las manos húmedas de flúidos espesos.
Ella se sacudió y lo instó a apartarse del abrazo.
- Vístase - le dijo en un tono algo más dulce.
El se vistió rápidamente, turbado y dudando si eso significaría que aceptaba la oferta.
Ella se incorporó, alisó el pareo y girando hacia el corredor le dijo:
- Muy bién. Lo espero el jueves, a la misma hora - y desapareció.

Volvió ese jueves. Y otro, y otro más. Algunos viernes. Muy rara vez un miércoles o un martes. Nunca los fines de semana. Hubo una ocasión en la que tuvo que ir un lunes y el viernes de la misma semana. Siempre era igual; aunque después de aquella primera vez, los encuentros se desarrollaban en el dormitorio y "como Dios manda".
Aunque él, venciendo los primeros temores se animaba a decirle cosas obscenas al oído, ella nunca hablaba. Más allá de algún quejido o suspiro de pla-

cer, sólo pronunciaba el consabido:

- El jueves (o el día que fuese), a las... (la hora) - desapareciendo por la puerta del baño en suite y dejándolo solo.

Seis meses hacía que Marisa, su novia, le insistía con que quería ir al cine en un día de estreno, a una sala grande, linda, de las del centro.

- Jueves, no. - replicaba él y cambiaba el tema.

- Por qué no? - seguía insistiendo la chica.

- No puedo - contestaba secamente.

- Por qué no? - pensaba, sin embargo, atormentado por el tediosos compromiso - Ya debo de haber cubierto con creces la deuda de la fianza.

Pero no se atrevía a plantear el asunto. Un día, a las pocas semanas, llegó la oportunidad.

- Lo espero el miércoles, a las seis - dijo ella, y desapareció como siempre en el baño.

- Bárbaro - pensó él, sonriente - Mañana la llevo a la Mari al cine.

La película era aburrida. de esas que les gustan a las mujeres, en las que no se entiende nada y hay mucha lágrima y poca acción. Igual se la bancó hasta el final, sosteniendo entre sus oscuras manos los transpirados dedos de su novia.

Salieron y era de noche.

- Te gustó? - preguntó la muchacha mientras cruzaban la calle.

- Cuidado! - gritó él, atrayéndola por la cintura para evitar que un auto la atropellara.

- Ay!... Gracias... Qué bestia!... Ni miran por donde manejan. Lindo programa hicimos hoy. El jueves podemos repetirlo. Hay otra que quisiera ver y que dicen en el diario que van a estrenar la semana que viene y que se trata de un conflicto entre...

- El jueves no puedo - cortó él

- Ufa! - protestó ella tomándolo del brazo - Vamos a tomar algo?

- Vamos.

- Siii!... Así!... Así!... - susurraba quebrando su acostumbrado silencio y moviéndose con inusitado ardor.

El intuía que esa vez iba a sentir un placer muy especial y reguló el ritmo demostrándose en caricias más suaves y profundas que de ordinario.

Cuando estaban a punto de alcanzar el éxtasis, ella abrió los ojos y lo miró, susurrando:

- Así... Así le hacés el amor a tu novia?

- Eh?... Que?... Sí... a vos...

- Tu novia... es bonita... Así... Así la cojés? Sin permitir que se detuviera, lo atenazó con las piernas y metió la mano derecha debajo de la almohada extrayendo

un plateado revólver calibre 38.

- Qué? - Alcanzó a decir él antes que el estruendo inundara la habitación.

Se desplomó laxo encima de ella, eyaculando en el último y mortal estertor.

Trabajosamente se escurrió debajo del cuerpo inerme que le pesaba encima y se levantó, observando el sangrante agujero en medio de la cabellera negra y enrulada.

Se puso el desabillé sin soltar el arma y

dos lágrimas de tristeza corrieron por sus mejillas recordando la maldita coincidencia, doblando la maldita esquina al volante de su auto, esquivando la maldita chiquilina... joven... bonita... colgada del brazo de él... de su negro.

Qué culpa tuve si me enamoré así, perdidamente... pensó, al tiempo que la sien le estallaba, perforada por el plomo implacable.



Duro oficio

Patio, melones, sombrero.
Así salen, de a tres, y como vienen.
Celta, hojarasca, carraspera.
Se niegan a venir en orden. Aparecen
sin ton ni son, en la forma que les place,
icoherentes, de cualquier manera.
- Carajo! - Grita Amanda en la cocina, y
me distre.
Supuesto, antídoto, efervescencia, llama-
da, dulce, reprimenda.
Ahora es de a seis. Hijas de puta. Así
no hay manera de enlazarlas. De cons-
truir alguna frase que se entienda.
- La mesa está servida! - Oigo. Y rechino
los dientes.
- Ya voy! - Contesto enfurruñado.
- Se enfría! - Agrega, provocandome un
sobresalto y una rápida avalancha de
adjetivos.
Salpicado, ancha, espeso, redondeada,
fino, aguda.
Que fastidio!

- No molestes! - Pienso. Pero no le digo
nada.
- Ahora bajo! - Grito en cambio, resig-
nado.
- Yo empiezo sola! - Amenaza.
Es que hizo unos panqueques de espi-
naca, que nos gustan a los dos; pero a
mí más. Y hace meses que no logro que
los haga.
Me siento y me sirvo sin mirarla.
Ella come y tampoco me mira.
Corta un pan. Le sirvo vino. Tose.
- Tengo una carraspera aguda - dice -
que me pone la garganta como un pa-
tio salpicado de hojarasca...
La miro.
Ella sigue (sin mirarme)
- Para esto no hay antídoto eficaz. Algo
dulce, espeso, serviría, por supuesto.
No la miro más y me concentro en los
panqueques.
Continúa.

- Le compré unos melones al bestia del celta de la esquina. Espero que sean ricos. El muy burro, para hacerse el fino, te atiende ataviado con sombrero de ala ancha... Qué palurdo!

Sirve soda sobre el vino.

Ya no tienen más efervescencia... los sifones... Voy a tener que hacer una llamada al sodero... se merece una buena reprimenda...

Increíble.

Continúa sin parar.

- Que vas a hacer esta tarde?

- Voy a arreglar el jardín.

- Creí que querías escribir.

- No. No quiero. Te olvidaste de una.

- Una qué? - Pregunta, perpleja.

Seguí comiendo sin contestar, atacando los panqueques con el cuchillo de punta redondeada.



Carta a un amor que nunca será

- Que nunca será qué?
- Que nunca será nada. Que quedará, al fin, en un cúmulo de miradas insinuanes, un montón de promesas imaginadas, una que otra sonrisa... y un guiño; un solo guiño cómplice, chiquitito, veloz, ágil como una mariposa urgida de néctares.
- Un guiño que es como una mariposa... Muy bien... Muy bien... Linda figura... Bella metáfora. Me hace acordar a aquello de «Il tuo sorriso e come una farfalla»...
- Copiado, querés decir...
- Y... Inspirado, digamos...
- Esta mariposa es veloz, ágil. Reparaste en eso?
- Reparé.
- El guiño aquel quedó escondido detrás de una sonrisa igual de efímera y temerosa. Disimulada entre tanta gente, entre tanto curioso ávido de pescar los más mínimos gestos para alimentar su comidilla. Criticar, envidiar.
- Y vos?
- Yo?... Yo sonreí apenas. Conteniendo la emoción que me embargaba al encontrarme con sus ojos...
- Oscuros.
- Qué?
- Digo que queda bien que digas «sus ojos oscuros».
- No son oscuros.
- Como son?
- Creo que marrón claro... Si, son claros... Y lo peor es que miran de frente, de verdad.
- Deben ser profundos. De una profundidad en la que te dió vértigo sumergirte.
- Son claros, te digo... y no me dió ningún vértigo. Me invitaban a sentir una profunda paz. A confiar. A esperar una reflexión sensata o la invitación cabal a un placer compartido.
- Si vos lo decís...

- Si. Y eso no es todo. Van asociados a unos rasgos finos, rectos, esenciales, para conformar una expresión igual.
- Igual a qué?
- A la mirada, gil!
- Ah!
- Efímera, temerosa, decía; con un dejo de tristeza por saber ciertamente que este amor nunca será.
- Poca sustancia.
- Sustancia?
- Si, para la carta. No hay frases encendidas ni pensamientos sublimes, de esos que conmueven hasta los corazones más indiferentes.
- Y qué?
- No... Está bien. Si no tenés más nada que decir... nos arreglamos con eso...
- Si tengo. Tengo mucho más para decir.
- Por ejemplo?
- Y... Por ejemplo, podrías describir todas la noches de insomnio recordando esos detalles... Los guiños, las miradas, los gestos. La ansiedad contenida en cada encuentro fugaz. Las ganas de decirle todo; de gritar mi emoción al verla. La constante angustia de saber que nos amamos y que ese amor, jamás será.
- No te entiendo. Quién lo impide?
- Mi mujer.
-
-

La jubilación

Colgó el teléfono con un gesto de disgusto, levantó el vaso con vermouth y soda que había dejado sobre el aparador y se sentó a la mesa a esperar que Juliana le sirviera la cena. A su lado, en una esquina, había un sobre carta arrugado, repleto, atado con una gomita.

- ¿Con quién hablabas?

- Con el tarado de Ruben

- ¿Qué le pasa?

- No sé. Le han ofrecido un trabajo nuevo y no sabe si aceptar o no...

- Es joven.

- A los 38 años uno ya debe saber lo que quiere... ser más maduro...

- Es joven – ratificó

Juliana dejó uno de los platos frente a él y el otro en la cabecera opuesta. Se sentó y se sirvió soda del sifón.

- ¿Querés?

- No.

Comenzaron a comer en silencio. Los gestos, mecánicos, proveían ora un tro-

zo de pan para enjugar la salsa, ora un chorro de soda o un pequeño toque de sal. Juliana terminó su guiso, suspiró y mirando a Goyo a los ojos le preguntó:

- ¿Le dijiste?

- ¿Qué?

- Como ¿qué?... Que te jubilabas... Al viejo, digo...

- Si.

- ¿Y?

- ¿Y, qué?

- ¿Qué dijo?... ¿Qué pasó?

- Nada, que va a pasar...

- Decime, me vas a contar, o voy a tener que sacártelo todo con el sacacorchos...

Goyo sonrió, pasó la mano por encima del sobre y, secándose la boca con la servilleta, la miró también a los ojos.

- No. Va de un saque.

- Te escucho.

- Me invitó a almorzar...

- Ya sé eso...

- No me interrumpas

- Bueno

- Me invitó a almorzar, decía, a uno de esos restaurantes caros de la zona de Monserrat. Los dos solos. Bueno, solos no, porque también estaba la gallega, su mujer. ¿Sabés que a ella no le conozco el sonido de la voz?... El pidió la comida para todos y nos pusimos a hablar de boludeces. Cosas así, ¿viste?... El tiempo, las rutas, el precio de los hoteles... Esas cosas que siempre se hablan cuando termina un viaje. Me sirvieron paella, que sabés que no me gusta, pero me la comí igual. La gallega comía en silencio y él me hacía preguntas cortitas. "¿Cambiarías las gomas del 304?... Si, contestaba yo. "Al 209, ¿Le hacemos chapa y pintura?... Si, contestaba yo. Y así. Cuando terminamos de comer, me miró a los ojos y me dijo: "Te tengo una sorpresa" y se sonrió, con esa mueca absurda que solo le vi dos veces en treinta años. "Yo también te tengo una sorpresa", pensé, pero no dije nada. Me sirvió un vaso de vino hasta el tope y largó: "Vas a ser el nuevo encargado... Mi mano derecha..." y tomó la copa para brindar. Yo, agarré la mía y le di un sorbo. Lo miré, sonreí y dejando la copa le contesté: "No". La mueca se le borró como por encanto. "¿Qué?... ¿No?... ¿Qué dices?... No te entendí". "Me entendiste muy bien, Paco" le dije. "No acepto. Eso es todo". Volvió a ha-

cer la mueca y me estudió un rato con la mirada. "Tu sabes que durante estos veinte años...". "Treinta", le corregí. "Es cierto... ¿Cuántos no?... Bueno, en estos treinta años, siempre fuiste de fierro. Fuiste el único chofer con el que nunca tuve problemas. Sabes cuidar los vehículos, nunca gastaste demás... aunque a veces te pasas de listo con el tema de las gomas y el taller de frenos...". "Por la seguridad. De que vale ahorrar en eso si uno puede terminar en una zanja y sin la carga... o la vida...¿eh?". " Si, es cierto. Yo porque soy un gallego amarrete, como dicen los muchachos...". Sabía. El muy hijo de puta sabe todo lo que se habla en la playa. Vos sabés que siempre sospeché que ponía micrófonos en los camiones para espiarnos... En fin. Siguió ponderándome por un rato más; dorándome la píldora con lo buen chofer que soy, con la responsabilidad y todo eso. Finalmente, se puso serio y haciendo un largo silencio que aprovechó para tomar de su vaso, cambió la expresión y me dijo: "Además... Te necesito... No confío en nadie". "Vos nunca confiaste en nadie", le dije, y agregué: "Quizás por eso has hecho tanta plata". Se sintió mal, te juro. La gallega, aprovechó el clima denso que se venía y se levantó para ir al baño. Señalándola mientras se iba, me confesó: "No tolera que me reten... Porque me vas a retar... ¿no?".

"¿Retarte?... No, Paco, no. Si yo te admiro. Durante estos últimos treinta años he tenido el mejor patrón que nadie puede tener. Sos un poco amarrete, es cierto, pero todo lo que sé del mundo de los transportes lo aprendí todo de vos... Uno... Puede confiar en vos... Creéme". "Te creo..." Me dijo sin modestia. "Yo también confío en ti, por eso te propongo que seamos... estee... casi... socios...". Me reí. Me reí a carcajadas. Tanto, que la gente de la mesa de al lado se dio vuelta para mirarnos. Me contuve como pude. "¿Casi socios, Paco?... Yo no soy casi de nada. Soy todo, o nada. En este caso soy nada. Tengo sesenta y siete años y ya me pasé dos de la jubilación. Quiero retirarme, Paco. Te juro que no hay nada mejor que trabajar para vos; pero éste fue mi último viaje. Ayer, la vieja me dijo que salieron los papeles del ANSES y que estoy jubilado. Basta. Se acabó. Quiero disfrutar de mis nietos, de mi casa y de mi Juliana, que me ha bancado todos estos años en los que vos me mandabas a la concha de la lora, en camión y en cualquier momento de la semana". "Nunca te quejaste" . " Nunca me quejé porque éste... ése... era mi trabajo, y ¿sabés qué?, me gustaba... y me va a seguir gustando. Yo soy un bicho rutero. Desde que agarré un volante por primera vez, allá por mis dieciseis

(carajo... han pasado más de cincuenta...) supe que mi vida estaba ahí. No podría pasármelo metido en una oficina, viendo cómo otros disfrutaban de mi novia... la ruta...". Se quedó callado, pensando. Al rato, me miró y me dijo "¿Cuánto ganas?". " Lo sabés mejor que yo. Mil doscientos...". " Te pago el doble". "Ay, Gallego!... Treinta años juntos y todavía no me conocés. Ni por el triple". "Me lo imaginaba... Bah!... Yo tenía que jugarme... No te quiero perder... Porque... Porque, además...". Hizo un corto silencio en el que, te juro, creí ver que se le caía una lágrima. "... Además... Sos un amigo...". Ahí el que se emocionó fui yo. Vos sabés que en el fondo, aprendí a quererlo al gallego de mierda ese. La verdad es que nunca nos falló. Exigente, si, pero en cada ocasión en que la cosa se nos puso fea, él salió al cruce y nos dio una mano... ¿Te acordás cuando la Nena estuvo tan mal?... Bueno... Creo que disimulé muy mal, tomando de un trago todo lo que quedaba en el vaso. De pronto, Paco se abrió la campera y del bolsillo de adentro sacó este sobre. "Tomá" Me dijo. " Esto no es un regalo. Es tu indemnización. Te estoy echando. Cuéntalo". No lo toqué. "Vos estás loco, Paco. No me debés nada. Estoy renunciando para jubilarme ¿Entendés?". "No. No entiendo. Yo te echo porque no quieres ayudarme.

Espero que con esto puedas terminar de pagar la casa en la que vives". " Hacerlo ya que terminé de pagarla". " Bueno. Entonces hazte un viaje... Gástatelo en lo que quieras. Cuéntalo...". "No. No cuento nada. Lo que sea que hay en este sobre, no me corresponde". Se puso como loco. "Llévatelo, maldito hijo de puta. No te das cuenta que para lo único que sirve el dinero es para ayudar a los amigos... Sobre todo a aquellos que te ayudaron a ganarlo... Esto es tuyo, lo quieras o no". Y... Agarré el sobre y me lo puse en el bolsillo. Me paré; él se paró también y nos dimos un abrazo... fuerte... como de hermanos ¿viste?. Y aquí está... El sobre, digo.

- ¿Cuánto hay?

- No sé.

- ¿Cómo? ¿No lo contaste?

- No.

- ¿Qué vamos a hacer?

- ¿Sabés qué? Vamos a hacer lo que le prometí al gallego entre las lágrimas de ese último abrazo.

- ¿Que es?

- Lo voy a desparramar todo sobre la cama y mientras vos lo contás, te voy a desvestir para hacerte el amor encima de los billetes que haya. ¿Qué te parece?

-¡Goyo!

- Que Goyo ni Goyo... Vamos.

La tomó de la cintura y la condujo firmemente al dormitorio. Abrió el sobre y en un gesto futbolero, arrojó al aire el contenido que comenzó a caer volando en caprichosos giros y volteretas mientras ambos, abrazados, se revolcaban sobre la colcha en medio de una lluvia de billetes de diferentes colores que contados, sumaron treinta mil pesos.



Josefina

Salí de la oficina malhumorado, agobiado por los múltiples y pegajosos problemas que llenan mis días de pequeño empresario cincuentón y casi arruinado, sintiendo esa mezcla de ira e impotencia que tensa el plexo y frunce el seño de la mayoría de los argentinos de hoy. Saludé al portero, que no me contestó y me zambullí en el infierno de una avenida ruidosa, hostil y tórrida encarando, como siempre, para el lado de la playa de estacionamiento.

Entonces la vi.

A unos treinta metros, justo en la esquina, charlaba alegremente con otra mujer, revoleando la manos y sacudiendo la cabeza con esos gestos tan típicos que no solo encuadraban su simpatía sino que además reafirmaban el encanto de su porte esbelto y seductor.

Cuanto había amado yo a esa mujer... Josefina... Josefina Baxter... Cuanto tiem-

po había soñado, allá por mis veintitantos, con poseer esa cintura angosta y firme, enlazar mis dedos en esa cabellera renegrída y suave, que volaba caprichosa ante la más mínima brisa. Cuantas veces fantasee recorrer con mis dedos la frescura de su piel blanca y sedosa.

Me estremecía de nuevo al recordarlo y mi cerebro se expandía provocándome aquellos mismos incómodos latidos en las sienes...

Y ahora aparecía, después de tanto tiempo, como una bocanada de aire fresco en ese día caluroso y angustiante del siempre incómodo verano porteño, proponiendo un salto atrás a días más suaves, a momentos más felices.

Entonces, las charlas, escauceos adolescentes a la sombra de la arboleda del club... las medias palabras, entrecortadas con el ritmo ansioso de una

calentura que se incrementaba en cada uno de sus gestos, sus sonrisas, sus perfumes.

Todo volvía a aparecer nítidamente ante el sorpresivo e inminente encuentro.

Lo cierto es que nunca me dió bola.

Amigos sí, fuimos muy amigos. Pero hasta allí llegué. Alguna tímida confesión, alguna charla íntima en las frecuentes reuniones del grupo, y nada más.

Ella se casó, dejó de frecuentar el club y desapareció de mi vida; dejándome el agrisulce sabor de un amor que nunca pude expresar más allá de mi imaginación y de alguno que otro culposo gesto onanista.

Más de veinte años... y allí estaba. Igualita, seductora, vibrante; desplegando al viento su pelo azabache y regalando al mundo los mismos gestos que habían atrapado mi urgente y joven corazón.

Tenía que hablarle, saber, escuchar de nuevo su voz serena, mirarla a los ojos.

Aún cuando las piernas me flaqueaban

y el corazón me latía al triple del ritmo normal, me armé de valor y decidí encararla.

Me acerqué despacio, sonriente, cauto. La amiga me vió primero y me lanzó un breve gesto de brutal indiferencia volviendo, sin piedad, a la atención de las palabras de Josefina.

- Perdón - interrumpí temeroso.

Ambas me miraron serias.

- ¿Josefina?...- balbuceé, dirigiéndole una estúpida mirada de cerdo degollado.

La perplejidad y el disgusto se pintaron en sus rostros y los ojos me recorrieron de arriba a bajo, escrutando mi aspecto maduro y vacilante.

- ¿Qué? - me preguntó, molesta.

Tragué saliva.

- Josefina... Vos sos Josefina Baxter...

¿No?

Me lanzó una triste mirada y se rió.

- No - me dijo, sonriente - No soy Josefina... Soy Carola... Josefina Baxter es mi madre...



El jardín

Le gustan mucho las plantas. Las cuida, las riega, les habla, les pone música, lustra sus hojas y controla la humedad de la tierra, removiendo malezas, limpiando las hojas muertas, combinando abonos y fumigando pesticidas.

Da gusto verla trabajar, feliz, cantando; con las manos enfundadas en gruesos guantes de lona, empuñando una rústica cuchara de jardín en la mano derecha y un frasco armado con vaporizador en la izquierda.

Sin dudas, ama las plantas.

Y yo, sin dudas, la amo a ella.

Amo su sonrisa, cuando aparece ataviada con su amplio delantal rojo, su sombrero de paja de ala ancha, sus botitas de goma y cargada de enseres.

Amo sus ojos negros, su largo pelo rubio atado siempre en cola de caballo, su nariz fina y su voz algo ronca.

Amo sus gestos, la forma en que mueve las manos, el delicado mohín que hace cuando descubre que la miro; amo, también, sus cejas arqueadas en duro gesto frente a una inesperada plaga o alguna hierba maligna.

Amo amarla.

Amo esperar, paciente, la hora exacta. Acomodar mis horarios para coincidir, diariamente con el puntual e invariable rito del riego vespertino.

Ardo de ansiedad y emoción cuando, llegando a casa y desde lejos, la veo hincada frente al ligustro lindero conectando la manguera. Entonces, levanto los hombros, me paso la mano por el pelo, ensayo mi mejor sonrisa y apuro el paso.

Abre la canilla y al otro extremo del regador se bifurca una lluvia fina, intermitente, precisa, que baña de vida las hojas ávidas.

Y mi anhelo.

Tuerzo a la izquierda, taconeando firme en la vereda que lleva a mi puerta.

Carraspeo.

Me mira. Mi corazón se acelera, pero puedo balbucear emocionado:

- Buenas tardes, señora S.

- Buenas tardes, señor M. – me contesta, sonriendo pero sin distraerse ni un instante de la pasión que pone en su jardín, el jardín de al lado.

Romualdo

Romualdo tiene setenta y dos años, cincuenta de casado, seis hijos y un alzheimer avanzado que trae de punta a toda la familia.

Haydeé lo soporta como puede. A pesar de sus intermitentes momentos de lucidez, no deja de preocuparse por él casi a diario. Lo lleva al médico, lo trae, le obliga a tomar la medicación (que él olvida sistemáticamente), le organiza el día, lo controla, le impulsa a hacer trabajos manuales y, sobre todo, le aguanta los frecuentes malos humores y sus ganas de pelear.

El, rumia incansablemente su pesar, su mala suerte, la prisión que significa no poder moverse solo. Se angustia, se enoja con todo y con todos. Solo endulza un poco sus iras cuando, distraído en confusos pensamientos, repara en la antigua foto blanco y negro que, enmarcada en un costoso portarretratos de plata, muestra a los dos jóvenes años

ha, bellos, enlazados en uno de aquellos primeros y distantes abrazos en los que él vibraba con las perfectas formas de una Haydeé radiante y firme.

Siempre le emociona verla allí, sobre la cómoda del dormitorio, mudo testigo de felicidad y vida compartida. Pero a veces, cuando el mal humor le inunda el alma, cuando el razonamiento o la complacencia son imposibles y la estoica Haydeé no dá lugar a alternativas, va corriendo y la vuelca cara abajo; para poner un hito en el enojo y recordar a cada instante que, en el fondo, la odia. Ella sabe y subrepticamente, va detrás de él y la vuelve a su lugar, quitándole todo punto de referencia y provocando el olvido del enojo y un retorno calmo a la extraña normalidad que comparten desde hace ya tiempo.

Pero eso no es todo. Encerrado en incoherentes pensamientos, Romualdo no afloja. Quiere ser libre. Desea,

obsesivamente, encontrar algún retazo – una pizca, aunque más no sea – de su normalidad perdida.

Está sano, clínicamente hablando y hay urgencias y calores que se resisten a abandonarle. Vibra, se enhiesta, se acalora ante la sola visión de un joven cuerpo femenino que acierte a pasar cercano en alguna de esas tardes en las que, permiso concedido, se anima a cruzar a la plaza de enfrente y tomar el sol sentado en uno de los típicos bancos verdes o a llegarse hasta el bar de la esquina, ese que pone mesitas en la vereda; a mirar pasar cientos de tentaciones, enfundadas en pantalones ajustados, en polleras cortitas o en vaqueros rotos a propósito.

Después se olvida. Y esto lo frustra aún más.

Así fue que, en una de esas breves escapadas, cruzó al quiosco y se compró una agenda de bolsillo y un bolígrafo.

Y comenzó la tarea.

Primero, buscó un escondite donde Haydeé no pudiese encontrar los útiles, lo eligió cuidadosamente, guardó todo allí.

Luego, compró todo otra vez pues olvidó dónde había escondido sus útiles; no sin antes discutir acaloradamente con su esposa y repetir, un par de veces la rutina del retrato.

Esta vez decidió llevar la libretita y el

lápiz siempre consigo; en el bolsillo de atrás, a resguardo de olvidos y discusiones.

Y anotó:

- Hoy, va de gris. La cartera colgando del hombro. Pelo atado. Está contenta.

- Pollera corta, floreada. Lindas piernas.

- Camina cerca. Huele a flores. No sé cuales. Está seria.

- Un café, 1,50

- Camina con los brazos cruzados. Mira el suelo. Pantalón negro. Bambolea las caderas paso a paso.

- Un ramito de jazmines, un peso.

- El pelo suelto, vuela con el viento. Me sonrío.

- Me gusta verla tomar café. Hace 'o' con la boca y se asusta porque está caliente.

- Coca-cola 2,50.

- Buen cuerpo. La blusa blanca deja ver adentro...

- Un beso. Una sonrisa. Habla moviendo las manos.

Y así, pacientemente, documenta lo que vé, lo que le atrae, lo que piensa que no tiene que olvidar; en una larga lista de imágenes pequeñas, cortas, engarzadas en ese recurrente deseo que no ha olvidado.

Semanas, meses, hasta que se acaban las páginas y ya no hay lugar para más notas.

Entonces, el cuaderno va a un cajón.

Bajo las medias.

Y allí queda.

- Romualdo! – grita Haydeé desde el dormitorio y se acerca taconenando fuerte – ¿Qué es esto? – Agita la libreta.

- ¿Qué? – Pregunat él sin apartar la vista de la revista del año pasado que hojea lentamente.

- Tenés otra mujer – sentencia ella enojada.

- ¿Yo?

- Si, vos.

- No

- No me hagas perder la paciencia, Romualdo...

- ¿Cuál paciencia?

- La que hace cincuenta años que te

tengo. Explicate. – ordena.

- No sé.

- ¿Cómo que no sabés?... Maldito prolijo... Si has anotado todo... Aquí... ¿Desde cuando?

- ¿Desde cuando, qué?

- Desde cuando te ves con esa otra... ¿Eh?

- ¿Qué otra?

- La otra mujer que tenés... con la que salís...

- No salgo con nadie.

- ¿Y esto? – tira la libreta encima de la revista.

- No sé que es eso – dice sin mirarla y dá vuelta la página, tapando el cuadernito sin siquiera inmutarse.



Zunilda

Hacía más de dos horas que esperaba. Por suerte había conseguido un lugar en el duro banco de madera, así podía soportar un poco mejor el dolor de sus caderas y la náusea constante.

De a ratos miraba el reloj de la pared y la puerta siempre cerrada de los consultorios. Había más gente. Otras jóvenes que, como ella, necesitaban del confort de una voz profesional. Todas mostraban caras tristes, angustiadas, doloridas, confundidas como ella. Esperaban pacientemente el llamado. Unas comiendo galletitas, otras hablando con la vecina; todas deformes, sin cintura o con decididas panzas redondas o en punta que no daban lugar a dudar sobre el por qué se encontraban allí.

Zunilda venía por primera vez. Tenía más de cuatro meses de embarazo pero, por suerte, todavía no se le notaba mucho. Vomitaba todo el tiempo. No podía co-

mer casi nada. Solo se atrevía a tomar algún caldito o un té de vez en cuando y, a veces - si se lo daban - un pedazo de pan con sal. "Cebollas", le dijo la compañera del cuarto - "Comé cebollas crudas. Eso no se vomita y alimenta..." ¡Qué asco! Intentó probar y casi se desmaya del asco que le dió. Ojalá la atienda una doctora. No quisiera que fuese un hombre. Le daría mucha vergüenza.

- Moyano...

Oyó como en sueños el grito, sin percatarse que era para ella.

- A ver... La de Moyano... - Repitió la voz, al tiempo que una mano fuerte y ruda la sacudía.

Se levantó trabajosamente, ayudada por la mano y caminó despacio hacia la puerta entreabierta ante la mirada envidiosa de las que debían seguir esperando.

- Usted, espere aquí - Dijo, enérgicamente.

La puerta daba a una salita dividida por un biombo. De este lado, contra la pared, un escritorio sucio y lleno de papeles rosados, blancos y amarillos. Al otro lado, una camilla y un pequeño aparador de metal repleto de los enseres que generalmente utilizan los médicos. La gorda propietaria de la voz enérgica la miraba fijo.

- Dame la boleta, querida - Le dijo sin ninguna emoción.

Se la entregó.

- Desvestite y ponete en la camilla. La doctora ya viene.

Tuvo una sensación de alivio. Doctora, dijo la gorda. Eso está bien. Se dirigió a la parte de atrás del biombo y comenzó a desabrocharse la ropa. Se sacó todo menos la blusa y la bombacha y se sentó en la camilla. La gorda, desde detrás del biombo y sin verla, le gritó.

- Sacate la bombacha y acostate boca arriba.

Asustada, Zunilda hizo lo que le ordenaban y se acostó. No sabía qué hacer con la prenda. Decidió conservarla en la mano y cerró los ojos por un instante, apretando fuertemente los puños.

Una voz femenina, culta, suave, hizo que los abriera confiada.

- Soy la doctora Cáceres. Contame...

- Y... Estoy embarazada...

- De cuanto?

- Y... No sé... Tres... Más... No sé...

- Cuándo fué tu último período?

- Y... no me acuerdo... en mayo... creo...

- Cómo te sentís?

- Y... Más o menos... Vomito todo el tiempo...

- Bueno. Vamos a ver. Te voy a revisar. No tengas miedo - Mientras decía esto se colocaba unos guantes de látex.

Era una mujer de más de cuarenta años, de pelo cobrizo, flaca, con cara de buena persona y olor a perfume caro.

- Cuántos años tenés? - Preguntaba, mientras revolvía en la pequeña estantería buscando algo.

- Treinta... este... treinta y dos...

- Tuviste otro embarazo antes?

- No, nunca.

- A ver. Abrí las piernas y relajate. Respirá hondo. No es nada. No duele - y le introdujo dos dedos en la vagina provocándole un ligero estertor.

- Tranquila - decía la doctora mientras apoyaba la otra mano en la parte baja del abdomen.

- Cuatro. Calculo que cuatro.

- Qué?

- Cuatro meses. Parece que está bien - dijo, y retiró suavemente los dedos.

Se sacó los guantes y los arrojó a un tacho de basura.

- Háblame de los vómitos.

- Bueno... Vomito...

- Comés?

- No... Poco... No puedo... Vomito...

- Ahá. Sentate.

Se sentó en la camilla, tapándose adelante con la mano que sostenía la bombacha. La doctora se paró detrás de ella y comenzó a auscultarle la espalda con un frío estetoscopio.

- Respirá hondo.

Lo hizo y sintió un incontrolable vahído que la forzó a caer de costado.

Cuando despertó estaba acostada en la misma camilla pero tapada con una manta celeste. La doctora y la gorda la miraban serias.

- Te desmayaste - decía la gorda.

- Vas a tener que tomar esto - decía la doctora alcanzándole una receta - Son unas gotas. Además, vas a tener que hacer un tratamiento con unas pastillas que te voy a dar. También te vas a hacer unos estudios y me venís a ver de nuevo... este... a ver... la semana que viene...

- Si, doctora.

- Tomá - le dijo, alcanzándole un par de recetas y dos cajitas color lila y blanco - Tomás una cada doce horas. Vestite.

- Si, doctora.

La gorda le sacó la manta y la ayudó a incorporarse. Se mareaba.

- Estoy mal - dijo, casi sin querer.

- Despacio... Eso... Despacio... - le cal-

maba la gorda sosteniéndola de un brazo.

- No, no estás mal - dijo la doctora, pero me gustaría saber algo más de vos. No dejes de venir la semana que viene y charlamos. Sí?

- Si... Estee... Yo... No sé si puedo... No sé si me traen...

- Hacé lo posible. Mirá, sacá ya mismo el turno en el hall. Sí?

- Si, doctora.

Se vistió muy despacio y cuando terminó, salió con la cabeza gacha.

Las dos mujeres se miraron y la gorda, ordenando los enseres de la repisita, comentó:

- No va a venir.

- Por qué?

- No la van a traer.

- A traer?

- Sí. No vió de dónde venía?

- No. De dónde?

- Del Moyano.

- Del Moyano?

- Si, la trajeron porque allá ya no existe el servicio de gineco.

- Pensé que Moyano era el apellido.

- No. Es una interna. Está demen... este... es una interna...

- Caramba. Esa chica no está bien. Puede que presente un cuadro de pre-eclampsia. Si no se atiende se puede complicar. Qué podemos hacer?

- Nada.

- Ojalá vuelva - Dijo la doctora desabrochándose el delantal. - Me voy, Clotilde. La veo el jueves.

Colgó el delantal en el perchero cercano a la puerta, alzó su tapado y salió.

Una llovizna fría le cubrió el pelo mientras cruzaba el jardín que separa los pabellones principales del hospital. Se alzó el cuello del abrigo y caminó decididamente hacia la playa de estacionamiento.

A un costado del camino de entrada, una ambulancia blanca sin marcas esperaba con la puerta trasera abierta. Un poco más lejos, dos hombres arrastraban sin mucha consideración a la joven que la acababa de visitar. La empujaron al interior del vehículo, cerraron la puerta y se acomodaron en la cabina.

La ambulancia partió lentamente, dejando a Cáceres sumida en una profunda tristeza.



Será la próxima vez

No soy tan vieja, ni tan fea, a pesar de estas putas arrugas que parecen multiplicarse cada 4 o 5 meses... Además, soy bastante rica... Pero, si no he gastado mi fortuna en cirugías "refrescantes" es porque creo sinceramente que no lo necesito... Por ahora... Ciertas cosas todavía están firmes en su sitio. No sé por cuanto tiempo más... Bah!... Bastante firmes...

El espejo devuelve una imagen justa, implacable, aunque algo borrosa, mientras María Elena retoca por enésima vez la línea oscura sobre sus pestañas, haciendo ridículas muecas con ojos y labios.

Voy a tener que aprender a pintarme con los anteojos... Aj!... Que queden así...

Tira el delineador sobre el mármol del lavatorio y toma un lápiz de labios roji-

zo frotando la cremosa barra con fuerza sobre la boca entreabierta en una silenciosa "a". Se mira al espejo alejándose un poco.

Que asco!... No puedo salir así... Parezco una mascarita...

Deja displicentemente el tubito metálico en una canasta repleta de otros enseres parecidos y se quita toda la pintura con un tisú especial impregnado en crema. Se mira nuevamente.

Así... Sin revoque... Mejor... Total... Es muy poco lo que una puede mejorar... Que vean lo que quieran...

Hace una mueca más y eligiendo uno de los cuatro cepillos que descansan entremedio de frascos y tubos de diversas formas, marcas y colores, se lo pasa fuertemente por la cabellera ondulada,

larga, costosamente teñida de un cobri-
zo natural. Se ajusta los breteles del cor-
piño, se pasa las manos por debajo de
los senos, acomodándolos, y gira brus-
camente dando la espalda al espejo que
repite, invertida, la imagen de su esbel-
ta figura alejándose.

El no tuvo la culpa. Yo soy una idiota. A
los 50 años no puedo seguir portándome
como una adolescente histérica...
retarada. No va a volver más. Como si
fuese tan fácil encontrar un tipo potable
en estos días. Qué carajo me importa
que Nita creyese que solo quería... Que
hay con eso?... Por qué le di bola a la
tonta esa?... Es una envidiosa... La próxi-
ma vez no le hago caso a nadie... y si
es cuestión de... Ay!... Por qué me cues-
ta tanto pronunciar esa palabra?... Nun-
ca pude... Coger!!... Eso... Puedo pen-
sarla, pero no decirla... Que barbari-
dad... Y me las doy de moderna... De
todas maneras, la próxima, si es cues-
tión de... coger... lo haremos... Con fé...
Sí señor... Hace tanto tiempo que... Bah!

Las prendas caen una a una sobre la
cama luego de ser desalojadas de las
perchas, apoyadas brevemente sobre los
hombros (o la cintura) y descartadas con
firme decisión.

Los finalistas resultan un pantalón negro
muy ajustado, una blusa beige de seda

natural y un saco corto, también negro.
Abre un cajón repleto de adornos y ac-
cesorios de la más variada forma, tipo,
color y precio y elige una gargantilla de
terciopelo con un broche de strass. Lue-
go de revolver un rato más, saca un par
de aros pequeños que hacen juego con
el broche.

Con un saltito, alcanza el estante más
alto del placard, tironenando de una
pequeña cartera negra tachonada en
lentejuelas. La mira detenidamente, la
acercas al saco y la arroja también so-
bre la cama en un gesto despectivo,
saltando otra vez para elegir una dife-
rente.

Aprobada esta segunda, se sienta so-
bre las desordenadas cobijas para car-
gar la pequeña cartera con la tremenda
cantidad de efectos contenidos en la
otra, la marrón, la de todos los días.
Cosas inútiles pero imprescindibles, mul-
tiformes, opacas, brillantes. Por si aca-
so.

Forros!... Para qué llevo forros en la car-
tera, si después me asusto como una
tarada... Además... En fin... Cosas de
Nita...

Tira el paquetito sobre la mesa de luz y
cierra trabajosamente el broche. Se mira
los piés desnudos.

De rodillas, con medio cuerpo metido

dentro de la parte inferior del placard, selecciona un par de zapatos negros con la misma energía y desprolijidad con la que eligió el resto del atuendo.

Se calza dando saltitos, toma la cartera y, luego de pasar brevemente por el baño para constatar que nada se ha corrido o movido, encara decididamente hacia la puerta.

Se detiene, abre la cartera, mira en su interior y regresa al dormitorio.

Donde habré puesto las llaves?... Ah!... Aquí están... Llevo los anteojos?... No. No caben. Chau.

Los tira sobre la mesa de luz y caen tapando la cajita de forros.

Ahora sí. Cruza el living y sale.

- Al Museo de Bellas Artes...

- Donde?

- Al Museo... Estee... Libertador y Pueyrredón... Baje por Austria y tome Libertador a la derecha...

- Bien.

María Elena hace gesto de mirar la hora.

- Qué boluda. Me olvidé el reloj. De todas maneras... para qué me apuro?. Quién me corre?... Por qué tanta ansiedad...

Se relaja en el asiento y se deja llevar poniendo, por primera vez en el día, la mente en blanco.

.....

Sentado en el borde del catre y con la mano derecha apoyada en el teléfono, dudaba entre llamar o no.

Tenía un confuso sentimiento mezcla de temor y perplejidad, sentía su aliento pastoso, agrio y el estómago no dejaba de anunciarle que hacía más de diez horas que no probaba bocado.

- Yo renuncio. Lo llamo al Gallego y le digo que no voy – pensaba – Mejor... mejor no... Mejor espero un poco... Y si lo llamo al Negro?... Puta madre... No puedo viajar solo en semejante armatoste... Son muchos kilómetros... Alguien tiene que ayudarme... Viejo de mierda... Justo el día anterior a salir de viaje... Después de semanas de no conseguir ni un solo flete... Y se tiene que morir ahora... Dejo el encargo y espero a conseguir un acompañante fijo... No... no puedo... Las cuotas del camión, el alquiler, y la reputísima madre que lo parió...

Marcó despacio y esperó. Del otro lado, tardaban mucho en atender.

- Con el señor Giménez, por favor...

Esperó más tiempo aún. Finalmente escuchó la inconfundible voz del Negro.

- Negro?... Yo, Rubén... Me tenés que dar una mano... No, Mañana, temprano...

Le explicó todo y colgó, quedándose tieso con el tubo en la mano.

Se recostó, soltando el aparato, cruzó

las manos por detrás de la cabeza y alzó la vista recorriendo las viejas manchas de humedad del techo. Confuso, temeroso, cansado, se quedó dormido con la luz prendida.

.....

Cada vez me siento más tonta. Que será lo que creo que voy a encontrar en esas inauguraciones ridículas. Jorge siempre dice el mismo discurso, poniéndose a sí mismo como centro de todo, con ese aire de dictador paternalista que adopta frente a la siempre obsecuente e invariable audiencia. Me aburre.

Las prendas vuelven una a una a las perchas y son acomodadas distraídamente en cualquier parte del atestado placard.

Lo peor es que voy a tener que escribir algo inteligente y diferente... Si en realidad es siempre lo mismo... Mierda inconsistente, falta de profundidad, técnica re-pobre... basura... Ma sí... yo copio la nota que le hice a Roux en el '99 y listo. Total... Nadie se va a dar cuenta... Ya pasaron más de dos años...

El tisú encremado rebota en la tapa del inodoro cayendo finalmente al agua donde se une a algodones encremados y trocitos de papel higiénico manchados de rojo.

Gira, tira la cadena y sale del baño

desnuda.

Quién carajo era el sesentón ese... baboso... borracho... que se acercó invocando a mi hermana?... De dónde habrá sacado esa tarada un tipo así?... Por qué dejé que me trajera en el auto?... Bueno, tan mal no estaba... Medio pelma el tipo, pero... con la sequía que hay... Ese me llama. Seguro. Salvo que cuando se despeje de la borrachera recapacite y se asuste de las arrugas que vió... En fin...

Sacude las sábanas y se acuesta. Busca en la atestada mesita de luz una tirita de pastillas azules, parte una al medio, la ingiere sin agua y apaga la luz.

Como dijo que se llamaba?... Darío... Darío Picasso... Ja! Picasso borracho en la inauguración de un pintorcete argentino... Que ironía!... Y si hago la nota desde ahí... Como si el verdadero Picasso, resucitado, estuviese de visita en Buenos Aires y viendo la muestra?... Pobre Picasso; vomitaría en la entrada... y a mí me echarían de la revista... Cuál será la recóndita razón por la que la plástica de este país; mejor dicho, el arte en general; es tan malo... tan falto de contenido... tan mediocre. El espíritu argentino?... La soberbia?... Es que no nos miramos unos a otros... Quizás tan solo miramos 'en' nosotros... Y eso no basta... Nos cuesta intentar la verdadera

universalidad, y nos perdemos en autismos inconsistentes, sin proyección, sin vuelo. Personalismo... Así, el arte es vacío... Quién fue que dijo que los artistas de este país tienen más para decirle a sus papás y a sus mamás que al arte?... No me acuerdo... Picasso en el MNBA... Así voy a empezar la nota, qué joder... Le dí el teléfono?... Si, se lo dí... Ojalá me llame...

Sin darse cuenta, lentamente, se va quedando profundamente dormida.

La noche ha aplacado el ritmo de la ciudad. Las avenidas, solitarias, reflejan en el pavimento húmedo de rocío las pálidas luces de mercurio amarillento.

En el museo, oscuro, silencioso, un guardia recorre cansinamente las salas vacías. En el primer piso, los cuadros de Edmundo Martínez esperan la soledad de los próximos días. En uno, enorme, un culo masculino, deforme y muy rojo, oculta en un segundo plano unas caderas dudosamente femeninas; en otro, se dibujan torpemente 8 manos apiladas, imprecisas, burdas; en un tercero, una gigantesca mano oscura – remedo ingenuo de piel negra – tapa lo que se supone un pubis decididamente femenino. Y hay más; todos grandes, intensamente coloridos, estupendamente feos, chocantes, inocuos.

Un guardia, en la penumbra de la sala, pasa delante de ellos sin mirarlos. Des-

cubre en cambio un papel en el piso. Lo recoge, lo mira y lo guarda en un bolsillo del pantalón.

A lo lejos, entre las arcadas y los falsos muros que soportan otras horribles obras, una voz lo llama.

- Negro!... Teléfono!

.....

- A que hora saliste de tu casa para llegar a las 7 a Avellaneda?

- No fui a mi casa.

- Por?

- Y... Hice la changa esa en el museo y no daba para ir y volver.

- Y qué hiciste?

- Primero, me fui a un bar, me leí la Crónica y tomé café. Después, me senté en un banco de Plaza Constitución a esperar el colectivo... Eso.

- No dormiste?

- No... Bueno... Si... Un poco... En el banco ese...

- Estás loco... Así no vas a poder manejar... Echate un rato en el camastro de atrás... Cuando paremos te despierto...

- Bueno...

Condujo despacio, delicadamente, midiendo la velocidad, los espacios y el peso del camión cargado; cuidando cada maniobra, cada leve toque del volante o pedales. Las 8 ya. Hacía menos de una hora que había recogido al Negro y se había lanzado a la ruta.

- Cuál changa?... En qué museo?

Silencio.

Bajó un cambio y pegó una suave acelerada para salir de la curva con fuerza.

- Me hago unos pesos como guardia en el Museo de Bellas Artes, los días que hay inauguración.

La voz llegaba lenta, pastosa desde detrás de la cabeza de Rubén.

- Te pagan bién?

Otro silencio.

Adelante, la ruta 2 se abre neblinosa, húmeda; peligrosa como siempre.

El viaje va a ser largo, cansador, aburrido. Pequeñas entregas de carga general para Mar del Plata, Miramar y Necochea. Volver vacíos por la 3, en dos días. Quizás más.

- Después de la primera parada, manejá vos.

Silencio.

Una forma oscura en el espejo exterior, sucio y rajado.

- Dale!... Pasá, pelotudo. Te estoy haciendo señales. No hay nadie adelante... No!... Ahora no!!... Picá... Y la reputa madre que te parió...

Un breve toque al freno y el Polo negro se cierra ajustadamente delante del camión, al tiempo que otro coche pasa velozmente en sentido contrario.

- Estos boludos son los que provocan las piñas. Después nos echan la culpa a nosotros... Hijos de puta... Nenes de mamá... Porque tienen guita se creen los

dueños de todo...

- Y... Si...

- Qué dijiste?

- Nada.

La maniobra desconectó a Rubén de la pregunta que le había hecho al Negro. Tenso, preocupado, se concentró en el camino añorando los viajes de antaño, con menos autos en las rutas, con menos peligros, con más carga y más rentabilidad.

.....

Camioneros hijos de puta. Negros de mierda. Tendrían que obligarles a hacer un curso especial de modales en la ruta. Enseñarles los códigos de urbanidad... A respetar a la gente. Si no tengo esta máquina me mata el hijo de puta ese... Bah!... Tendría que haber salido anoche. Esta es la peor hora para viajar a Mar del Plata. Siempre lleno de camiones y de chacareros pelotudos que provocan accidentes. Para qué mierda se me habrá ocurrido ir al museo de Bellas Artes... Qué me importa a mi del arte... Bueno... Tan mal no me fue... La flaca esa no estaba tan mal... Como se llamaba?... María Elena... Debe tener cuarenta y pico... Un pico como de diez, seguro... Ja! ... Cuando vuelva la llamo. Mañana, pasado, que sé yo. Belaustegui y la puta que te parió. Como se le ocurre dejarse coimear para tapar un

asunto así. Voy a perder dos o tres días, como un boludo, en los pasillos de los tribunales de Mar del Plata, que no son los más ordenados del mundo que digamos, buscando el puto expediente. Espero poder volver antes del fin de semana... La llamo y la llevo a comer... Me gustó bastante... Me dio el tubo... Lo anoté en algún lado... En un ticket del cajero... Uy!... Lo perdí, carajo...

La mano izquierda sostiene el volante y la derecha hurga desesperadamente en los bolsillos internos y externos del saco y del pantalón.

No puedo ser tan pelotudo...

Una fugaz mirada a la guantera, y al retornar la vista al frente, una forma blanca se aproxima rauda más allá del parabrisas.

Correte, mal parido!... No ves que voy más rápido que vos?... Saltá a la banquina, sorete!... La chacón de tu naerma...

Velozmente el Polo negro pasa a centímetros del Renault blanco, dejando colgado en el aire un rugido de potente cilindrada.

Adelante, la cinta de cemento se abre solitaria, neblinosa, húmeda, peligrosa como siempre.

.....

La oficina está a oscuras, porque no le gusta la luz del tubo fluorescente que

cuelga del techo. Afuera, llueve con esa gris mansedumbre de las lluvias de la primavera.

Enciende la computadora distrayéndose a propósito en ordenar el escritorio porque no tolera quedarse mirando la pantalla mientras aparecen los interminables carteles y advertencias que conforman la rutina de apertura del sistema operativo. Clang! hace la máquina. Girando la silla, la enfrenta.

Click en Word... Puta, siempre me equivoco. Acá. Ya. Bien. Veamos. Nota: Muestra de Edmundo Martinez en el M.N.de B.A. Enter.

Teclea rápidamente mientras piensa en los horribles cuadros que le tocó ver el día anterior.

De dónde sacó ese que conocía a mi hermana. No habrá sido un truco para abordarme? Como esa vez que un tarado me quiso levantar con una carta de mi hijo. El boludo no sabía que no tengo hijos... Este podría ser igual... Después la llamo a Nita y le pregunto... De todas maneras, tan mal no estaba... Un poco borrachito, pero manejó bien... y era simpático... Ojalá llame... A ver... Entonces me dí vuelta y vi parado ante mí a un petiso pelado que, tambaleante y con los ojos vidriosos me habló, con fuerte acento español...

Ahora, los teclazos son más apasionados. Todo su rostro sonríe y los labios van pronunciando sordamente las pala-

bras que, por mérito de sus dedos sobre el teclado, van conformando las frases del artículo.

Nos despedimos en la puerta – Te veo en París – me dijo, tiritando – Buenos Aires es muy frío en setiembre, y yo, solo tengo esta camiseta a rayas – Punto.

La carcajada retumba en las frías paredes de la oficina, rebotando en los muebles metálicos y escapándose por la puerta entreabierta al salón central donde se agolpan decenas de escritorios y máquinas con brillantes pantallas.

Me van a venir a preguntar de qué me estoy riendo. Yo la dejo así. No sé si será una buena nota de crítica, pero como cuento, es buenísimo. Le hago una copia y me lo llevo. Cuando me vea con el Picasso de anoche, le cuento que fue el inspirador de mi obra maestra...

Introduce un disquette en la ranura de la CPU y aprieta el botón "Guardar como" del menú "Archivo". Chakkk, chikkk, gr-rstacstacstac, hace la máquina copiando el texto.

Darío se va a reír. Seguro. A lo mejor, de la revista me echan, pero a él le va a gustar. Ojalá me llame para el fin de semana.

- Tengo hambre.
- Yo también. Paramos allá.
- Bueno.

La neblina de la mañana dio lugar a un cielo plomizo y triste. La humedad del pavimento persistía y Rubén extremaba precauciones para mantener a la vieja mole en la resbalosa calzada. Estaba cansado. Una buena porción de asado le sacaría el gusto amargo del permanente mate del Negro y le daría fuerzas para continuar. Ya que es tan difícil, hoy en día, conseguir carga, al menos que lo poco que uno gana que sirva para pasarla bien, pensaba.

Frenó despacio, descargando aire comprimido en cada apretada del pedal, dobló suavemente y dirigió el camión hacia un costado de la estación de servicio, parando en una pequeña playa de ripio al costado de la "Parrilla/Bar/Café". Bombeó dos veces el freno de mano, apagó el motor, abrió la portezuela y saltó al pavimento. El negro lo miraba. Le tendió las llaves diciendo:

- Tomá. Esperame en una mesa. Yo voy a mear.

Un poco más allá y semitapado por filas de gomas viejas, se adivinaba un galponcito con un desteñido cartel colgante. "Gomería" dijo alguna vez en letras blancas sobre fondo marrón. Por la puerta asomaba la cola levantada de un Polo negro.

El Negro lo miró indiferente y se encaminó al comedor.

- Parrillada? – Preguntó Rubén frotando-

se las manos.

- Si. Dale.

- Se me hace que anoche tampoco comiste.

- No.

- Pudiste dormir algo en el mionca?

- Un poco.

- Querés que siga manejando yo?

- Y... No sé.

- Después de comer, te pregunto de nuevo.

- Bueno... Aquel es el tipo del Polo – señaló el Negro.

- De qué?

- Del Polo negro. Ese que nos pasó mal, allá en la salida.

- Y como sabés?

- Porque hay un Polo negro en la gomería y ese es el único tipo, aparte de nosotros, que está aquí.

- Y eso qué tiene que ver?

- Que tiene pinta de cajetilla. Ese maneja un Polo. Seguro. Además, tiene cara de orto. Seguro que pinchó... o algo peor... Por eso lo alcanzamos aquí.

- Qué. Sos detective ahora? En Negro Sherlock, te voy a llamar.

- En serio. Mirá la cara de culo con la que revuelve el café.

- Dejame de tonterías – cerró Rubén atacando la panera y sirviéndose un chorro

de soda.

En una mesa del fondo, Darío Picasso, ceñudo, enojado, miraba a los dos hombres sin verlos. Ya había agotado todos los insultos posibles contra sí mismo por no haber reparado el auxilio antes de salir... Quién iba a pensar que iba a reventar una goma en esa forma... Más de una hora para buscar el repuesto... Si hubiera salido anoche, como pensaba... Ese puto vernissage... La flaca... Como se llamaba?...

Rubén pinchó una tira de la sado y se enfrascó en ella, mientras el Negro estornudaba sonoramente desparramando saliva encima de toda la mesa.

- Pará, boludo, me estás escupiendo el asado...

- Perdón. Por aquí debo tener un pañuelo dijo el otro metiendo la mano al bolsillo.

- Eso te pasa por dormir a la intemperie. Tendrías que cuidarte un poco más...

Sacó el pañuelo. Entre los pliegues, asomaba un pequeño papelito en el que se leían claramente un número de teléfono y un nombre. El negro lo miró, hizo un bollo y lo arrojó al cenicero, sonándose la nariz ruidosamente.

- Y... Si... Será la próxima vez.- dijo, secándose las últimas gotitas y adujando el pañuelo entre las manos.



Índice

| | |
|--------------------------------|----|
| PRÓLOGO | 5 |
| EL FANTASMA DE MAJADAHONDA | 7 |
| VICTORIA Y LA CASA | 13 |
| ELEONORA | 19 |
| LA FIANZA | 25 |
| DURO OFICIO | 31 |
| CARTA A UN AMOR QUE NUNCA SERÁ | 33 |
| LA JUBILACIÓN | 35 |
| JOSEFINA | 39 |
| EL JARDÍN | 41 |
| ROMUALDO | 43 |
| ZUNILDA | 47 |
| SERÁ LA PRÓXIMA VEZ | 51 |

Se terminó de imprimir, a mano en Buenos Aires - noviembre de 2001